

Volumen II

BLUE JEANS

algo tan
sencillo
como
darte
un beso

CAPÍTULO 1

—No sé cómo me has convencido para que haga esto. Me da mala espina.

—Si es una tontería, cariño —replica ella.

—Jugar con los muertos no es ninguna tontería.

Elena resopla. Sabe que Martín tiene razón. A ella tampoco le hace ninguna gracia, pero le debe una a Manu. Una muy grande. Es la chica la que se adelanta a su novio y, con los nudillos, da unos golpecitos en la puerta de la habitación 1156. Enseguida aparece el malagueño, que los recibe con una amplia sonrisa.

—Al final te has atrevido —le comenta Manu, invitándolos a pasar.

—Por supuesto que me he...

La joven se queda sin palabras cuando contempla el inquietante interior del dormitorio. La persiana está baja y casi no se ve nada. La oscuridad no es total por culpa de cuatro llamas que arden en la cumbre de otras tantas velas. Una de ellas ilumina el rostro de David, que, sentado en el suelo, da la bienvenida a Elena saludándola con la mano. El mismo gesto dedica a Carmona, pero este le corresponde con cierta frialdad.

—No sabía que tú vendrías —señala la toledana, ocupando un lugar junto a él. Martín también se acomoda al lado de su chica.

El sevillano se encoge de hombros y suspira. Él, en cambio, sí sabía que ella estaría allí y que posiblemente acudiría con Carmona. Desde que empezaron a salir, la acompaña a todas partes.

—Cuanto más seamos, más energía acumularemos —apunta Manu visiblemente emocionado—. Y todavía falta uno.

Dos golpes en la puerta sobresaltan a los cuatro chicos, que dan un respingo. El malagueño suelta una carcajada nerviosa y abre. Se trata de Toni.

—Hola, chicos. ¿Qué tal?

Todos saludan sin demasiado entusiasmo al valenciano, que se sienta en el suelo a la izquierda de Martín Arias Carmona tras pedirle permiso. A Elena aún le late el corazón a mil por hora. No le gusta aquello. Pero debe pagar el precio del terrible error que cometió.

—Ya estamos todos. Podemos empezar.

Las palabras de Manu siembran el nerviosismo en el resto de los chicos. El malagueño camina hasta el armario, lo abre y, del estante de arriba, alcanza una caja. La baja y la coloca sobre la cama.

—Esto es una locura —le dice al oído Martín a Elena.

—Tranquilo. Todo irá bien.

—No entiendo qué estamos haciendo aquí.

—Ya te lo he dicho: perdí con él la apuesta de la que te hablé —miente la chica, que no le ha confesado la verdadera razón por la que se encuentran allí—. Y este es el castigo que tengo que cumplir.

—¿Y no podía haberte pedido otra cosa?

—Sí, pero esto es lo que quiere y me tengo que aguantar. Y ya sabes que siempre cumplo con mi palabra.

Martín mueve la cabeza contrariado. Aquel asunto es muy extraño desde el principio. No entiende por qué ella apostó con el malagueño algo tan tonto: que este no era capaz de llegar al primer día de universidad, después de las vacaciones de Navidad, y no faltar a ninguna clase durante esa semana. Por lo visto, Manu había cumplido y le había ganado la apuesta a Elena.

—¿Y estás segura de que no ha fallado a ninguna?

—Julen me ha dicho que ha ido a todas las clases esta semana —admite Elena bajando aún más la voz—. Tenía que picarlo con algo así. Ni siquiera se presentó a los exámenes del primer cuatrimestre.

Las ausencias de Manu habían sido constantes durante la primera parte del curso. Ninguno de ellos, ni siquiera Julen, sabía adónde iba. Desaparecía y aparecía sin dar explicaciones y, cuando se las pedían, se enfadaba y volvía a desaparecer. Todos estaban preocupados por el malagueño, y Elena incluso había mantenido una conversación con él para que reaccionara tras enterarse de que no había acudido a los exámenes finales. Sin embargo, nada tenía que ver eso con su presencia en aquella reunión. Que la toledana estuviera en ese momento en la habitación 1156 del pasillo 1B de la residencia Benjamin Franklin se debía a otra cuestión. Un chantaje, una amenaza por un fatal error del que ella misma tenía la culpa.

—Les voy a enseñar lo que un buen amigo me ha regalado estas Navidades —dice Manu, ocupando el lu-

gar libre que queda en el suelo de su cuarto junto a los otros cuatro—. Espero que ninguno se asuste y salga corriendo.

Los chicos contemplan intrigados la caja que el malagueño ha depositado en el suelo. Levanta la tapa y de su interior saca un tablero. Es de color hueso y tiene dibujadas en negro y con caligrafía barroca todas las letras del abecedario y los números del cero al nueve. Además, en la parte superior están escritas las palabras «sí», «no» y «quizá»; y abajo, «hola» y «adiós».

—Así que esto es una *ouija* —interviene Toni visiblemente alterado.

—Exacto. Una *ouija* en español —indica Manuel, extrayendo también de la caja un indicador blanco y colocándolo sobre el tablero—. Antes de empezar, les voy a leer una serie de consejos que debemos tener en cuenta.

Todos escuchan atentos al malagueño, que recita con énfasis y voz profunda algunas recomendaciones que ha anotado en una pequeña libreta acerca de cómo realizar correctamente una sesión de espiritismo.

—La *ouija* es una herramienta para ponerse en contacto con entes que habitan en otras dimensiones. Para conseguir una sesión limpia y positiva, es necesario que todos los participantes tengan buenas vibraciones y se liberen de cualquier prejuicio. No hay que tener miedo. El miedo destroza las vibraciones e impide que la energía se canalice adecuadamente.

»En una sesión pueden aparecer diversos tipos de entes. Algunos serán positivos, amables, incluso tal vez encuentres a ese con el que deseabas contactar. Sin embargo, también existen espíritus burlones, pequeños demo-

nios o entes negativos que pueden resultar peligrosos. La *ouija* no es un juego. Así que, si no estás seguro de vencer tus miedos o piensas que no eres capaz de aceptar lo que puedes encontrar, mejor que abandones la sesión.

A continuación, el malagueño, también leyendo la libreta, les cuenta cómo deben actuar y cuáles son los pasos a seguir. Cuando termina, observa uno por uno a sus compañeros. Aunque ninguno parece tranquilo, hay alguien que está más nervioso que el resto.

—No puedo con esto. Es superior a mí —admite Martín poniéndose de pie—. De verdad, perdóname —le dice a su desconcertada novia antes de darle un beso en la boca y salir de la habitación.

Después de un significativo silencio provocado por la sorpresa que ha supuesto la reacción del veterano, la carcajada de Manu suena atronadora en la habitación.

—Qué novio te has conseguido. Como para que te tenga que defender de alguien.

—No te metas con él. Martín es muy aprensivo con estas cosas.

—Es un cobarde.

—¡No es ningún cobarde! Ya te gustaría a ti parecerle a él.

—¿A ese? Ni loco —se burla Manu, riéndose de nuevo—. Un chico de veintiún años al que le dan miedo los fantasmitas y deja sola a su novia, aterrorizado. ¡Vamos! No me extraña que tú...

—¡Cállate! —grita Elena enfadada—. Déjalo en paz. ¿No me tienes a mí aquí? Pues pasa de él y terminemos con esto de una vez.

Tras desahogarse, la chica se gira hacia David, que aparta la mirada y agacha la cabeza. Desde que ella en-

tró en la habitación, no ha dicho ni una sola palabra y ha preferido mantenerse al margen de la discusión. También él está ahí por algo que nunca debió suceder.

—Muy bien. Si nadie más quiere huir, podemos empezar. ¿Tienen los móviles en silencio?

Ninguno de los otros tres había quitado el volumen de su teléfono. Lo hacen y esperan las siguientes instrucciones.

—Exactamente, ¿qué vamos a hacer? —pregunta Toni, que siempre ha sentido curiosidad por lo paranormal. Por ese motivo se prestó como voluntario para darle una mano a Manu—. ¿Buscamos a alguien en concreto?

—Quiero hablar con mi abuela. A ver si está en línea.

La respuesta del malagueño acompañada de una sonrisa divertida desconcierta a los demás. Parece que se está tomando aquello a la ligera.

—Una de las cosas que has leído antes es que esto de la *ouija* no es ningún juego —protesta Elena, cansada de la actitud de su amigo.

—Y es verdad. Estamos haciendo esto porque deseo preguntarle algo a mi abuela. Quiero que me dé la receta de una salsa que le echaba a la pasta y que estaba... Mmm —dice mientras, en un gesto muy teatral, se chupa los dedos.

Elena cabecea harta y resopla con fastidio. Toni, en cambio, sonríe ante la broma de Manu. David ni siquiera pestaña; continúa sin hablar, muy serio. No le gusta estar en esa habitación, pero no le queda más remedio. La *ouija* no le da miedo, ni cree en espíritus, ni en entes que habiten en otras dimensiones. No le cabe la menor

duda de que, si pasa algo extraño, el malagueño estará detrás de ello.

—Bueno, ya en serio. Es la hora de los muertos. Coloquen todos un dedo sobre el puntero.

Los tres se inclinan y hacen caso a Manu. Cada uno pone el índice de la mano derecha sobre aquella especie de flecha blanca que utilizarán como lector.

—¿Hace mucho que murió tu abuela? —quiere saber Toni, que se encuentra bastante más nervioso de lo que imaginaba.

—Hace unos años. Voy a preguntar si está por aquí —indica con expresión más seria—. Abuela, ¿estás presente en esta habitación?

El grupo observa fijamente el puntero para comprobar si se mueve. Sin embargo, permanece quieto.

—Abuela, si estás por aquí, dínoslo. Estoy esperándote. Abuela, ¿hola?

Pero nada cambia. El lector continúa sin moverse un ápice. Esperan unos segundos en silencio, hasta que Manu insta a Toni a que continúe él. El valenciano en principio se niega, aunque termina dejándose vencer.

—Abuela de Manu, ¿estás por aquí? —pregunta tembloroso—. ¿Hay alguien en la habitación?

En ese instante, el puntero comienza a desplazarse y se dirige hacia la palabra «hola». Elena da un pequeño grito y Toni está tentado de levantarse y salir corriendo; si no lo hace es por vergüenza torera. David y Manu, por su parte, mantienen la calma.

—Hola. Abuela, ¿eres tú?

El indicador sube rápidamente hasta la palabra «no».

—¡Vamos, Manu! ¡Eres tú el que lo está moviendo!
—exclama David, que no se cree nada de lo que está pasando y aparta el dedo.

—Yo no he hecho nada.

—¡No juegues con esto, por favor! —interviene Elena asustada, también alejando su mano del tablero.

—¡No estoy jugando, de verdad! ¡No he sido yo el que ha movido el puntero! ¡Les juro!

Los cuatro se quedan en silencio, observándose unos a otros. Toni también retira su dedo y se incorpora.

—He notado muy claro cómo has empujado el puntero —insiste el sevillano.

—Di lo que quieras, tonto. Pero yo no he empujado nada.

—Sí, seguro.

Durante varios minutos, David y Manuel se enzarzan en una discusión en la que también participa Elena. A pesar de que poco a poco los ánimos exaltados se van apaciguando, ninguno cambia de postura.

—Si no creen en esto, pueden marcharse —sugiere el malagueño—. Pero yo necesito saber quién se ha puesto en contacto con nosotros.

—Yo también quiero saberlo —dice Toni, sentándose de nuevo en el suelo.

—El que no desee estar aquí que se vaya. No quiero más cobardes en mi cuarto.

La mirada de Manu pasa desafiante de Elena a David. A ninguno de los dos les agrada continuar allí, pero a ambos les puede el orgullo. Los cuatro vuelven a colocar el dedo sobre el indicador blanco, decididos a continuar la sesión.

—Si se quedan, no interrumpen más hasta que terminemos las preguntas.

David y Elena asienten sin decir nada. La chica experimenta cierto temor por lo que pueda pasar, pero ese mismo miedo, esa incertidumbre, son los que la retan a continuar allí. El joven sevillano, en cambio, está convencido de que todo es una farsa del malagueño.

—El ente se ha puesto en contacto contigo, Toni. Continúa tú —le propone Manu.

El valenciano acepta, aunque la tensión hace que le tiemblen las piernas y, al mismo ritmo, le bailen las ideas. ¿Qué tenía que preguntar?

—¿Qué le digo?

—Pregúntale con quién estamos hablando.

Pero sin que Toni tenga que abrir la boca, el indicador se mueve a un lado y a otro rápidamente, deteniéndose en varias letras. Son solo veinte segundos.

—¿Alguno ha leído lo que nos ha dicho? —pregunta Manu después de dar un grito de emoción.

—Creo que ha dicho que se llama Rocío Costa.

—¿Rocío Costa? No conozco a nadie que se llame así. ¿Ustedes?

Toni niega con la cabeza. Tampoco Elena recuerda a alguien con ese nombre. Sin embargo, David tiene los ojos abiertos como platos y el pánico se ha apoderado de él. No les va a contar nada a los otros, pero Rocío Costa es el nombre de la chica a la que su exnovia atropelló con su moto y que lleva más de dos años muerta.